

RECENSIONES

MIGUEL, J. M^a. DE, *Revelación y Fe. La Teología de Juan Alfaro* (Secretariado Trinitario, Salamanca) 429 pp.

En la presentación a la obra de J. M. de Miguel, J. Alfaro —profesor de Teología Dogmática desde 1952 en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y maestro reconocido, a quien estamos agradecidos profundamente numerosísimos estudiantes de toda la geografía de la Iglesia— expresa su sorpresa y rubor cuando el doctorado en octubre de 1977 le manifestó su intención de elaborar la tesis sobre sus escritos. Ante la insistencia del estudiante, le remitió el profesor al Decano de la Facultad. El estudio paciente, riguroso e intenso fue presentado como tesis doctoral, elaborada bajo la dirección del prof. Gerald O'Collins, el 3 de diciembre de 1982.

Nadie, evidentemente, puede emitir un juicio más autorizado sobre la investigación que el propio prof. Alfaro. Ha realizado «un análisis tenaz y penetrante de todos mis escritos teológicos, que ha hecho posible la comprensión de los diversos temas particulares en su conexión con el tema fundamental: la autodonación de Dios al hombre, recibida en la respuesta de la fe...» «José M. de Miguel ha interpretado acertadamente las posiciones fundamentales de mi teología y la conexión interna que las unifica, así como los principios hermenéuticos (histórico-salvífico, cristológico y antropológico), que han orientado mi quehacer teológico: esto es lo que él ha intentado en su tesis y realmente lo ha logrado» (p. 12). Me congratulo cordialmente del acierto y de la penetración conseguidos. Efectivamente, la teología de Alfaro requiere una notable capacidad de profundización para ser comprendida y sistematizada, y sin duda el autor lo ha logrado.

De Miguel ha determinado de esta forma los límites y el alcance de su investigación: «Intentamos averiguar cómo concibe y desarrolla el autor en sus numerosos escritos el tema estrictamente teológico de la autocomunicación de Dios al hombre en cuanto aceptada por la fe» (p. 15). Este centro irradia y está presente en todas las cuestiones. En este marco general ha desarrollado el famoso

profesor de la Gregoriana sus reflexiones sobre las distintas cuestiones afrontadas (p. 381).

El estudio muestra constantemente la relación entre la donación de Dios y la aceptación libre y creyente del hombre. Se da en el encuentro entre Dios y el hombre la confluencia de dos movimientos, uno de Dios hacia el hombre y otro del hombre hacia Dios, y estos dos movimientos convergentes son registrados tanto en las condiciones de posibilidad como en su realización concreta. El hombre es constitutivamente «apertura» a Dios, a su comunicación, a su revelación, al encuentro con El; y Dios es voluntad de gracia, de autodonación, de manifestación. Jesucristo es el supremo lugar de la entrega del Dios trascendente y de la immanencia de la gracia en la historia. La encarnación del Hijo de Dios es el nudo de la comunicación dada y recibida. Aplicada esta relación fontal y paradigmática al hombre podemos decir con Alfaro: El hombre sólo puede ser salvado por Dios, y al mismo tiempo sólo puede ser salvado como hombre. Cristología y antropología son inseparables, ya que el encuentro de Dios y el hombre en Jesús de Nazaret, el Hijo encarnado, muerto en la cruz y resucitado ilumina y funda el encuentro del hombre con Dios en la salvación.

En torno a lo que se termina de afirmar giran todos los capítulos de la tesis doctoral, siguiendo el dinamismo del autor estudiado. En el capítulo primero se estudia la apertura del hombre a la trascendencia, es decir al Absoluto personal. En el segundo se trata, en el orden «atemático», la autocomunicación gratuita de Dios por Cristo en el Espíritu a los hombres. En el capítulo tercero, dedicado a la revelación, se «tematiza» la gracia inefable de Dios estudiada en el capítulo anterior. Estos dos capítulos obedecen a la lógica de la teología transcendental de Alfaro; es necesario distinguir entre la comunicación «apriórica» de Dios y la comunicación «categorial». En el capítulo cuarto se estudia la acogida de la revelación de Dios en Jesucristo por el Espíritu por parte del hombre en la fe sostenido por la gracia. Los capítulos quinto y sexto, consagrados respectivamente a «La fe comprendida o la teología» y a «La fe justificante» son en realidad ampliación de aspectos anteriores o profundización en su misma línea. Se puede uno preguntar si en la estructura de la obra no hubiera sido preferible otra organización. Por lo que se refiere al capítulo quinto el autor justifica esta opción en el hecho de que para Alfaro, según la famosa definición de teología dada por S. Anselmo («fides quaerens intellectum»), hay inscrita en la fe una búsqueda incansable. Por esta razón, y otras también, dejan insatisfecho a Alfaro Heidegger y Pannenberg en su concepción de la teología. La teología se sitúa, por tanto, en la fe y en su horizonte; es la prosecución en el hombre que busca de la aceptación de la revelación. Comprendemos esta razón dada por De Miguel para situar en este momento el capítulo sobre la teología «o la fe comprendida». En el capítulo sexto se estudia la fe como justificante siguiendo los trabajos en los que Alfaro ha tratado este tema en Lutero y en Trento. Muestra aquí el autor estudiado una lectura profunda de Pablo, de Lutero y de Trento, una libertad responsable como teólogo y un esfuerzo ecuménico notabilísimo. ¿Por qué ha separado el autor este estudio

sobre la fe en su dimensión justificante del largo y central capítulo cuatro? El capítulo séptimo trata de la existencia cristiana caracterizada por las tres actitudes fundamentales y mutuamente referidas de fe, esperanza y amor. Finalmente hace un «Balance conclusivo», donde se recogen las aportaciones más significativas de Alfaro a la teología, y se insiste de nuevo en la visión unitaria de su reflexión.

De Miguel, a quien ha conducido «la preocupación de buscar y mostrar la profunda unidad existente entre los temas tratados» (p. 382), ha realizado un trabajo riguroso, denso, técnico, penetrante. Parece como si se hubieran contagiado al autor estudiante la densidad conceptual y el estilo literario del autor estudiado. En cada página aparece el «todo», el centro teológico constituido por el encuentro entre Dios y el hombre en Jesucristo; no es repetición innecesaria, sino exigencia objetiva. En innumerables aproximaciones somos acercados al misterio de la comunicación real del Dios de la gracia al hombre que realmente lo acoge por la fe.

Alfaro, por honradez, hace en su presentación una observación al autor: «No se da el suficiente relieve a un tema, que desde 1972 marca un nuevo rumbo en mi reflexión teológica: *la fundamentación del compromiso cristiano por la justicia en el mundo*» (p. 12). Efectivamente, ha puesto de relieve últimamente, por ejemplo en la fe además de las dimensiones conceptual, fiducial, eclesial... la praxeológica. Ha escrito a propósito del libro «Jesús en América Latina» (San Salvador 1982) de J. Sobrino: «La fe incluye la dimensión confesional, decisional y praxeológica como aspectos mutuamente unidos: solamente su unidad constituye la plenitud de la fe» (en: *Estudios Eclesiásticos* 59 [1984] p. 253). Es verdad que De Miguel apunta a esta prolongación (pp. 365 ss.), pero no le ha prestado suficiente atención. Alfaro es un teólogo que con sobriedad, penetración, seriedad, sosiego, amplitud de conocimientos y búsqueda incansable se ha ido abriendo desde los horizontes de la teología escolástica y de sus temas y formas expresas hacia la teología moderna, a la teología protestante, a los problemas de la justicia y de la paz en el mundo. Por eso, su repensamiento de la herencia teológica a la luz de la justicia nos resulta una ayuda valiosa para enjuiciar el esfuerzo, por ejemplo de la Teología de la liberación. En Alfaro no se dan rupturas, al menos llamativas, pero sí incorporación de nuevos acentos, de nueva temática, de nuevas preocupaciones... y correlativamente aparcamiento de ciertos temas sin olvidarlos. De Miguel ha indicado ciertamente los cambios detectados en el autor (pp. 21 s.; 205; 210; 379 ss. etc.). Pero quizá la sobriedad y la trayectoria bastante lineal del pensamiento de Alfaro no le han inclinado a ver el «nuevo rumbo».

Estamos en presencia de un estudio de gran penetración intelectual, más sincrónico que diacrónico, intencionadamente exhaustivo. Se nos ayuda a ver cómo los conceptos y las expresiones clásicos de la teología cobran en Alfaro cada vez más fondo, más calado, más resonancias, más elocuencia, más capacidades para comprender los problemas nuevos, más unidad y coherencia.

De Miguel ha intentado y conseguido situar cada cuestión en

su lugar teológico (es una preocupación constante en él), sin titubeos y con claridad. Le agradecemos sinceramente el que nos haya presentado de forma articulada y sistemática el pensamiento hondo, rico y coherente del prof. Alfaro.

R. Blázquez

WOLFGANG HUBER, *Kirche* (Kreuz Verlag, Stuttgart-Berlín 1978) 238 pp.

El autor expresa el camino que recorrerá en su libro señalando los que habitualmente siguen el teólogo y el sociólogo. Si el teólogo habla de la Iglesia, apenas aparecen en su discurso las formas sociales de la misma; si, en cambio, escribe el sociólogo casi nada percibimos de lo que es el sentido teológico de la Iglesia. Nuestro autor desea escribir sobre la «Iglesia real» en perspectiva teológica; invita al lector a que se tomen conjuntamente puntos de vista teológicos, comentarios históricos, reflexiones sobre la imagen social de la Iglesia y alusiones a su puesto jurídico dentro de la relación con el mundo. El teólogo, que en las Iglesias evangélicas ha escrito *teológicamente* sobre la *Iglesia real* en nuestro siglo con más decisión, ha sido D. Bonhoeffer. A este autor acude frecuentemente Huber, también protestante, en su libro. Esta clave elegida es mantenida a lo largo de los cinco capítulos con fidelidad.

En el capítulo primero se interroga por la Iglesia: «¿Qué es la Iglesia?». Fiel a su propósito y a su método comienza recogiendo la asociaciones que despierta la palabra Iglesia, y examina los límites y las posibilidades que ofrece cada denominación: templo de la asamblea, pastor («la mayor parte de los miembros evangélicos de la Iglesia equiparan la Iglesia con el párroco», p. 16), miembros pertenecientes a la misma, asamblea litúrgica, Iglesia regional e Iglesia Evangélica en Alemania, Iglesia universal. En la conciencia de los cristianos evangélicos, —recoge el autor de una investigación sociológica—, es especialmente fuerte en sentido de pertenencia a la comunidad local y especialmente en cuanto comunidad reunida para el servicio litúrgico dominical. En cambio, es fácil de comprender que, según sus acentos, cuente poco en la conciencia de los fieles la Iglesia regional (podemos traducir por «diócesis») y la Iglesia universal. Una vez recogidos los sentidos que puede recibir la palabra «iglesia» plantea el autor la relación entre la Iglesia tal como es experimentada y tal como la presenta la fe cristiana. Atendiendo a las coordenadas espacio-temporales, señala cuatro tensiones inherentes: su existencia local está marcada simultáneamente por la universalidad y la concreción, y su existencia temporal está distendida entre la duración y la actualidad. Dentro de las valoraciones eclesiológicas de la Reforma nuestro autor se esfuerza por articular las formas diversas de existencia histórica de la Iglesia: Iglesia local, agrupaciones por iniciativas particulares, «Iglesia regional» (aquí los aspectos organizativos son los determinantes, pp. 48 ss), federación. En el sentido local de la Iglesia y de su manifestación en acto en la asamblea litúrgica pueden conectar profundamente católicos y protestantes.

En el capítulo segundo, que lleva por título «La promesa de la Iglesia» se trata de adentrarse en el ser de la misma. Para ello se acude al origen de la Iglesia en la predicación del Reino de Dios por Jesús, a la categoría teológica de «pueblo de Dios», donde se pone de relieve la relación de Israel y de la Iglesia; a la expresión paulina de «cuerpo de Cristo», donde se insiste en la dimensión carismática de sus miembros; a los atributos tradicionales de la Iglesia: una, santa, católica y apostólica. El autor prefiere situar la unidad al final como atributo recapitulador de los otros tres. En este capítulo, como en todo el libro, lo más sugestivo es la relación entre reflexiones de carácter teológico y reflexiones sobre la imagen concreta de la Iglesia.

El capítulo tercero, titulado «La Iglesia real», estudia la relación entre comunidad e institución, entre fraternidad de hermanos y hermanas y respeto de los derechos de todos en la Iglesia.

El capítulo cuarto está muy condicionado por la situación alemana de las Iglesias cristianas, y especialmente de la Iglesia evangélica. Aquí estudia la relación entre Iglesia y la sociedad. Parte de los tipos de relación de la Iglesia y del Estado, hace un pequeño recorrido histórico sobre la Iglesia en Alemania y analiza la situación actual de la República Federal Alemana. Frente a otros posibles modelos, nuestro autor aboga por que la Iglesia sea «para los demás» en las tareas de la reconciliación, de la paz, de la justicia, de la libertad, del respeto a los derechos humanos.

El último capítulo habla de «el futuro de la Iglesia». Por supuesto la Iglesia depende de la promesa de Dios en Jesucristo. Pero esta convicción de la fe y de la esperanza no impide el que se hagan ciertos pronósticos sobre el futuro teniendo en cuenta las líneas que desde el pasado atraviesan nuestro presente. En este sentido nuestro autor habla de la previsible disminución relativa del número de cristianos en el seno de la humanidad, del impacto de la secularización, del futuro de la religión en nuestro mundo, de la perspectiva ecuménica, de la situación actual...

He aquí un libro de interés, abierto, reflexivo, atento, ecuménicamente responsable. Para la «eclesiología práctica» o «pastoral» es de gran utilidad.

R. Blázquez